CONFERENCIAS DE NUESTRA SEÑORA DE PARIS

EXPOSICION
DEL
DOGMA CATÓLICO.

PREPARACION DE LA ENCARNACION

POR
EL M. R. P. SANTIAGO MARÍA LUIS MONSABRÉ,
MAESTRO EN SAGRADA TEOLOGÍA
DEL ÓRDEN DE PREDICADORES
TRADUCIDAS POR EL R. P. FR. PAULINO ALVAREZ,
DEL MISMO ÓRDEN.

CUARESMA DE 1877.

CON LAS DEBIDAS LICENCIAS.

MADRID:
IMPRENTA DE LA PROPAGANDA CATÓLICA,
calle de Sombrerería, 6.
1880.

ES PROPIEDAD.

CONFERENCIA XXV.

EL PLAN DE LA ENCARNACION.

Credo in Jesum Christum.

EMMO. SEÑOR, MONSEÑOR (1), SEÑORES:

Explicando el primer artículo del símbolo en los cuatro años pasados, hemos desarrollado todo un plan de verdades y de acciones divinas, que nos es preciso creer y que arrebatan nuestra admiracion. Ante todas las cosas y por encima de toda existencia está Dios. Simplicidad perfecta y plenitud infinita, sér personal y viviente, unidad y trinidad, se contempla á sí mismo eternamente, se admira, se ama, se bendice, y no necesita sino de sí para ser feliz. Pero su bondad le impele á comunicar el bien que posee en toda su plenitud y hacer participantes de su felicidad á otros séres. Para esto se propone él traspasar todas las tendencias de toda naturaleza creada y creable: su misma esencia vista cara á cara y sin velo es lo que él determina dar á la criatura

(1) Su Eminencia el cardenal Guibert, arzobispo de Paris, Monseñor Ravinet, antiguo obispo de Troyes.

como objeto supremo de su eterna bienaventuranza. Conforme á este pensamiento crea el universo, conjunto armonioso de existencias, al cual imprime el sello de su perfeccion; escala maravillosa de sér y de vida, en medio de la cual se halla el hombre, cuya naturaleza mixta enlaza el mundo superior de las inteligencias con el mundo inferior de la materia; el hombre, imágen y semejanza de su criador, dotado como él de inteligencia, de amor y de libertad, más grandes que los espacios por el pensamiento, más fuerte que el tiempo por la indestructibilidad de su alma, y para colmo de honor, divinizado por la gracia. Dios, creador, es tambien gobernador del mundo que ha creado. Todo marcha bajo el impulso de su voluntad soberana. La misma libertad se somete sin menoscabo á sus miras y disposiciones: el mal, cediendo á las piadosas industrias de su sabiduría infinita, concurre finalmente al triunfo del bien, y la criatura racional, prevenida por la gracia, curada de sus miserias, perfeccionada por la lucha, por la práctica de las virtudes y por la union de su alma con la suprema perfeccion, confirmada en el bien por una gracia final, toma posesion de la felicidad del cielo para la cual ha sido criada.

Hé ahí, señores, el resúmen de las veinticuatro conferencias en que sucesivamente he tratado de la existencia del sér, de las perfecciones, de la vida, de la obra y del gobierno de Dios. Yo veo en ello un designio completo al cual podria Dios limitar nuestra creencia y su accion divina. Mas este designio no es otra cosa, en realidad, que una parte del plan grandioso concebido por la eterna sabiduría y ejecutado por la omnipotencia de nuestro Criador. Llegado há la hora de conocer este plan en su totalidad y de estudiar todas sus magnificencias. Hoy entramos en el misterio cris-

tiano por excelencia: preparaos, señores, con nuevos actos de fé, que bien lejos de humillar nuestra razon, agrandarán la esfera de sus conocimientos y la trasportarán á un mundo desconocido de la naturaleza, en donde se sentirá inundada de nueva luz.

Doy principio á esta segunda parte de mi obra dogmática por la preparacion de la Encarnacion, exponiendo en el dia de hoy el plan de este grande é inefable misterio.

I.

Un arquitecto no forma el mismo plan para levantar una humilde cabaña, que para edificar un palacio, ni el mismo para un palacio que para un templo. El plan de una obra depende del fin que se propone el que la dirige: veamos cuál era el fin de Dios cuando se decidió á crear el mundo. ¿Queria Él satisfacer la inclinacion natural que le lleva á hacer bien y á manifestar su gloria por la belleza de la creacion? Esto no tiene duda; mas para ello bastaba ya la obra divina, segun la he descrito hasta aquí. Dios aún queria más. ¿Qué queria pues? Queria llevar al último término la tendencia que siente de comunicar su suprema bondad: queria manifestar fuera de sí sus infinitas perfecciones en todo su esplendor: queria levantar su obra al más alto grado de gloria y de belleza de que fuese capaz. Lo queria así, lo afirma la doctrina católica, y nos da una prueba de ese querer en el misterio que propone á nuestra fé; en la Encarnacion, union íntima de la naturaleza divina y de la naturaleza humana en la única persona de Jesucristo, Verbo de Dios, Hijo del Eterno Padre y hombre como nosotros.

Jamás conoceríamos nosotros el plan de Dios por más que penetráramos en el abismo

de su pensamiento y escudriñáramos sus designios, si estos designios y este pensamiento no nos hubieran sido revelados por el Apóstol San Juan en aquella sublime página de su evangelio que dice: «En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios... todas las cosas fueron hechas por El; y nada se hizo sin El. Todo lo que fué hecho era vida en El... y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros y hemos visto su gloria, gloria del Hijo unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad» (1).

¡El Verbo se hizo carne! Este misterio, obrado en el tiempo, pero visto y decretado desde la eternidad, es el fundamento preordenado, la clave de bóveda, la pieza principal y maestra de la obra divina. Todo comienza en El, todo va á El, todo descansa en El, y todo El era necesario para cumplir las intenciones de nuestro gran Dios.

En efecto, señores, si el Verbo se hace carne, la accion comunicativa de Dios lejos de coartarse, colma sus deseos y llega hasta el último término de su natural movimiento. Dios no puede darse más: El derrama sus dones sobre la naturaleza, y en cada uno de estos dones podemos conocer un vestigio de su sér infinito: El comunica á nuestra alma la luz de la inteligencia, y en esta luz podemos adorar el sello de su cara adorable; El entra aún mas profunda é intimamente en nosotros con su gracia, pero la gracia que nos hace vivir de su vida, no es sino una forma sobrenatural y creada: El quiere dársenos á si mismo en la gloria del cielo, pero esto no puede ser sino como objeto inteligible de nuestra eterna contemplacion. Nada de esto satisface la tendencia infinita que El siente de comunicarse: falta un don último que darnos, el don de si mismo segun su sér propio, natural y personal, de suerte que se puede decir: un Dios es hombre, un hombre es Dios. Este don quiere El dárnoslo: su grande y generosa naturaleza se dejará llevar de este deseo, y seguirá todos los progresos de la efusion. A la materia inerte dará espíritu de vida, y la hará criatura racional. Esto está bien. A la criatura racional comunicará su gracia y la hará santa. Esto está muy bien. A la criatura santificada le hará ver su esencia y la volverá gloriosa. Esto está perfectamente bien. En fin, á la criatura racional, santa, bienaventurada, unirá hipostáticamente su Verbo y la hará Dios. Esto es lo sumo: las comunicaciones divinas quedan como agotadas.

(1) In principio erat Verbum et Verbum erat apud Deum, et Deus erat Verbum. Omnia per ipsum facta sunt, et sine ipso factum est nihil. Quod factum est in ipso vita erat... Et Verbum caro factum est, et habitavit in nobis et vidimus gloriam ejus, gloriam quasi unigeniti á Patre, plenum gratiæ et veritatis. (Joan., cap. 1.°)

En segundo lugar, si el Verbo se hace carne, las perfecciones divinas, impresas necesariamente en toda obra de Dios, se manifiestan con un esplendor infinito. Esto lo vemos en el número inexplicable de las cosas creadas, en la ley de progreso que regula la perfeccion ascendente de los séres, y en la ley de penetracion en virtud de la cual se descubren en todos estos séres las tres siguientes palabras: Poder, sabiduria y amor; ¿pues cuánto mejor se echará esto de ver en la creacion misteriosa que resulta de la union íntima y personal de lo infinito y de lo finito?

Aunque en todos los instantes de que se compone el círculo interminable de los tiempos, multiplícase los números y acrecentase la perfeccion de los séres, Dios no produciria sino imágenes reducidas y lejanas de su sér y de su perfeccion. La criatura, por más exce-

lente que sea en su esencia, y sublime en su accion, y brillante en sus manifestaciones, siempre queda á una distancia infinita de lo increado. No hay número que pueda medir este abismo; no hay fórmula que pueda expresar esta insondable profundidad. Pero ¡oh maravilla de poder! el Verbo se hace carne, y el abismo desaparece, y los números se vencen, y lo finito, de repente, llamado por la fuerza de lo alto, franquea el espacio que lo separa de lo infinito, deja absorber ese *yo* que resiste á la accion mortífera del tiempo, á las trasformaciones tan frecuentemente victoriosas de la materia, á las influencias dominadoras de otros *yo*, y va á buscar su subsistencia en lo infinito que le comunica su grandeza, su perfeccion, su propia vida. Crear millares de mundos no es más que un juego en comparacion del acto prodigioso que así trasporta lo creado en lo increado.

Este acto de poder es mandado y dirigido por la sabiduría eterna cuyas miras pasan en este misterio más allá de todos los designios que hemos admirado en el órden maravilloso del universo, y más allá de todos los que podriamos suponer, y de todos los que el mismo Dios podria concebir en la disposicion de los mundos posibles que eternamente permanecerán ocultos en las profundidades de su esencia. Ya habeis visto, señores, al estudiar la armonía del mundo, la señal característica de la sabiduría: la atraccion de la diversidad por la unidad. La muchedumbre de criaturas agrupadas por fuerzas centralizadoras; la progresion de los séres formando la escala gigantesca por donde llegan á la perfeccion; la inmensa variedad de existencias sometidas á leyes simples que regulan su composicion y armonizan su movimiento; la violencia de los contrastes corregida por imitaciones; las naturalezas inferiores penetradas por las naturalezas superiores hasta el punto de ser resumidas en un viviente, el hombre cuya naturaleza mixta es el punto de reunion de los séres de la tierra, el centro armónico, el mundo abreviado donde vienen á tocarse los dos polos de la creacion: la materia y el espíritu: todo esto está admirablemente expresado por el bello nombre *universo*, que vosotros dais á la obra de Dios: nombre con el cual alabais la sabiduría eterna, proclamando la unidad que es el fruto de su accion, dirigiendo la accion de la omnipotencia. Sin embargo, por maravillosa que sea la unidad de los séres criados, nunca les da más que una perfeccion limitada. Lo finito permanece aún muy lejos de lo infinito, dualismo persistente que las evoluciones eternas de lo finito jamás resolverán en unidad. Mas hé aquí que lo infinito obedeciendo á los designios de la sabiduría, se inclina sin menoscabarse á lo finito, y estos dos extremos que la naturaleza separa eternamente el uno del otro, no son ya más que un solo sér, un solo viviente, una sola persona. El Verbo se hace carne y la unidad de cuanto hay en el cielo y en los espacios se consuma. Toda la variedad se absorbe en la simplicidad, todos los progresos se coronan por la suprema perfeccion, todas las penetraciones se terminan por la penetracion divina; el criador y la criatura, lo finito y lo infinito sin perder ni confundir su naturaleza, no tienen más que una sola y misma subsistencia, en la persona del Verbo encarnado. «El Verbo imágen del Dios invisible, dice el Apóstol, es, pues, segun los designios eternos, el primogénito de toda criatura, porque en su encarnacion ve la sabiduría divina la unidad de todo. Por este título le pertenece ser el fundamento mismo del universo. En el cielo y en la tierra, las cosas visi-

bles y las invisibles, los principados y las potestades, todo está establecido en Él. Todo fué criado por El y en El, todo se apoya, todo reposa en El, todo se mantiene en El, porque plugo á Dios darle toda su plenitud» (1). ¡Toda plenitud! La verdad de esto no deja que desear, si consideramos de qué manera se obra esta unidad. No es el ángel de quien Dios haya de tomar la naturaleza criada para unirse á ella. El ángel representa, es cierto, la más noble parte del universo, pero no es todo el universo. Todo el universo es la naturaleza humana, hija, por su alma, del mundo de los espíritus, reduccion típica del mundo de la materia por su cuerpo, donde se dan un ósculo todos los elementos, todas las composiciones, todos los movimientos, todas las evoluciones, todas las vidas. El Verbo, pues, se hace carne para mejor realizar este consejo de la sabiduría divina: Hacer todas las cosas una sola. *Qui fecit utraque unum*» (2).

A este efecto, Dios se humilla, y por la humillacion se nos da; manifestacion suprema del amor. Darse á sí, ¿no es el último desahogo del que mucho ama despues que ha agotado todos los bienes? El amor va más allá de las necesidades y de los deseos; el amor abre sus tesoros y los derrama á manos llenas; el amor prodiga las palabras tiernas, los consejos, el valor, los consuelos, los sacrificios; el amor, desesperando hacerse comprender, dice al amado: Sí; yo daré mi vida por ti. ¿Qué

(1) Qui est imago Dei invisibilis, primogenitus omnis creaturae: quoniam in ipso condita sunt universa, in coelis et in terra; visibilia et invisibilia, sive throni sive dominationes, sive principatus, sive potestates: omnia per ipsum et in ipso creata sunt. Et ipse est ante omnes, et omnia in ipso constant... Quia in ipso complacuit omnem plenitudinem inhabitare (Coloss. cap. I, 15, 16, 17, 19.)

(2) (Ephes., cap. II, 14.)

quiere decir esto, señores, sino que el amor no se satisface sino con la entrega del más grande de los bienes? Pero la criatura, al darse á sí misma, no puede dar más que un bien de poco valor, si se compara con la inmensidad de nuestros deseos y con las larguezas de la divinidad. De su seno, abierto por el amor, Dios ha dejado llover todas las riquezas de la creacion. Nosotros no vivimos sino de sus dones, y nosotros mismos somos el primer don de su bondad. A los tesoros de naturaleza él añade los tesoros de la gracia. Pero el supremo bien de su persona aún no lo ha dado. Hélo aquí. El Verbo se hace carne; el mundo ansioso abre sus brazos, lo estrecha y exclama: Mio es el bien soberano. ¡Emmanuel! Dios está conmigo.

Prestemos atencion, señores, al eco misterioso de esta voz. Apartad por un momento vuestra vista de las manifestaciones del poder de la sabiduría y del amor divino, y volvedla al mundo en posesion del Hijo de Dios. ¿No lo veis hermoso y glorioso, con una hermosura y una gloria más grande de la que se puede pensar? Todas sus imperfecciones desaparecen ante la perfeccion del Verbo, y Dios contemplando su obra ve en ella con infinito gozo de su corazon, un igual á sí en todas las cosas. El sér de los séres, el eterno, el inmenso, el soberano perfecto pertenece á la tierra. Sus criaturas le dicen: Hermano mio. ¡Qué importa la pequeñez del móvil teatro donde se celebra el himeneo de la naturaleza divina y de la naturaleza humana! La tierra honrada por la penetracion real, sustancial, personal del infinito, absorbe de cierto modo la inmensidad, el hombre, la tierra y la humanidad toda entera es absorbida por la naturaleza que el Verbo encarnado asocia á su divinidad. Como todo el que lleva en sus venas la sangre de un rey, es de familia

real, todo el que lleve en sus venas la sangre de un Dios, es de familia divina. Como se acostumbra mirar al rostro de un hombre para conocer por su fisonomía y formas la nobleza de su linaje, la elevacion de sus pensamientos y la grandeza de su alma, así Dios mira á la cabeza del mundo que él ha creado para juzgar de su valor. ¡Oh maravilla! El mundo tiene una fisonomía verdaderamente divina. La faz que presenta á lo infinito es el espejo vivo de su sustancia, el explendor de su gloria, la imágen adecuada y sustancial de sus eternas perfecciones. Dios, reconociéndose en él, se inclina y le dice con una amorosa complacencia: «Tú eres mi hijo: yo te he engendrado en el hoy que ni tiene principio ni fin: *Filius meus es tu, ego hodie genui te* (1).

No es esto todo, señores. El mundo divinizado en su sustancia, por el misterio de la Encarnacion, debe serlo necesariamente en toda su accion en virtud de este principio: La operacion sigue al sér. *Operari sequitur esse.*

Hemos llamado divinas las obras de la gracia y lo son en efecto, no por emision directa, sino por trasformacion. Una forma comunicada modifica la esencia de nuestra alma, sin que la naturaleza que la comunica pertenezca á nuestra persona. Dios obra en nosotros y hace el mérito sobrenatural de las obras que cumplimos bajo su mocion. Esto es ya grande, y yo no temeria decir que el hombre santificado viene á ser un sér divino que hace obras divinas, y que considerado desde la altura de este misterio, el mundo ennoblecido por la gracia en la persona del hombre, es en toda la extension de la palabra una obra divina (2). Sin em-

(1) Sal II.

(2) Véase la conferencia décimaoctava: *La vida divina en el hombre.*

bargo, aún hay algo más grande que esto, desde que el Verbo se hace carne. Un hombre Dios obra por su propia virtud actos infinitos, y estos actos corresponden á la creacion de la cual es él representante en su calidad de primogénito. Esto es una contestacion magnífica de lo que pasa en la esencia divina. Allí se oyen los conciertos de la Trinidad santa que en inexplicable armonía canta su propia gloria. Mas escuchad: este mismo cántico es contestado desde el seno de la creacion con las mismas notas y con el mismo ritmo. Callad, astros soberbios, mar inmenso, montañas elevadas, valles profundos: cesad, cánticos de la naturaleza despertada por las caricias del dia; cesad, voces poderosas de la humanidad; silencio, coros armoniosos de los ángeles: dejad hablar al Verbo encarnado. Él conoce á Dios como Dios se conoce á sí mismo, él ama á Dios como Dios se ama á sí mismo, él, pues, bendice á Dios como Dios se bendice á sí mismo. La Religion del tiempo es igual á la religion de la eternidad.

Resumamos, señores, estas consideraciones. Al remontarnos al principio de los tiempos hemos pedido á Dios la revelacion de su pensamiento en la creacion del mundo, y hé aquí la respuesta que se nos ha dado. Dios quiere llevar hasta el fin la tendencia que por su suprema bondad tiene de comunicarse: quiere manifestar fuera de sí sus infinitas perfecciones en todo su explendor; quiere dar á su obra el más alto grado de belleza y de gloria de que sea capaz. La Encarnacion del Verbo, siendo sólo capaz de llenar este pensamiento, entra en el plan del universo como el fundamento preordenado, la clave de bóveda, la pieza principal y maestra de la obra divina.

Parece, pues, que Dios no se dejará esperar; y que el Verbo hecho carne va á aparecer en

el principio del mundo para coronar inmediatamente la obra de los seis dias. La primera sangre de la humanidad será para él; y muy pronto los hombres, hermanos suyos, participantes de su inocencia y de su inmortalidad, iránáagruparse en derredor de su radiante majestad. Más bello que todas las criaturas, hará palidecer los astros con el resplandor de su luz; el Océano ensanchará sus senos para festejar su presencia; las montañas y las colinas saltarán de gozo á su vista; los árboles de las selvas inclinarán su copa ante su noble frente; la naturaleza desplegará todas sus riquezas para alfombrar sus caminos; las flores exhalarán sus perfumes; los vivos acudirán de todas partes para recibir sus caricias; la humanidad en su arrebatamiento admirará sus encantos y le pedirá con voz tierna y sumisa la revelacion suprema de su divina gloria; los ángeles descenderán á la tierra para llevar sus mensajes; todo será para él adoracion, alabanza, accion de gracias; y él, rey magnífico, derramará á manos llenas sus beneficios y sus gracias; pontífice glorioso y risueño, primer cantor sublime de voz dulce y poderosa, presidirá la fiesta universal, dirigirá el coro inmenso de la creacion, divinizará el cántico de la tierra y de los cielos, y hará que los homenajes de la criatura correspondan á la infinita majestad del Creador.

¡Qué hermosura! ¡Qué gloria!... Mas no es así, señores, como Dios piensa de la Encarnacion de su Verbo; no es así como quiere él introducirlo en el plan de su obra; no es así como él decreta su aparicion en el mundo.— ¿Qué hay pues? ¿Es que la Encarnacion no tendrá lugar? Sí, lo tendrá; esperemos un poco, aún no conocemos bien el plan de Dios en toda su austera é ingeniosa magnificencia. Es preciso estudiar más: escuchadme.

II.

La sabiduría divina no tiene esas miradas tímidas, inciertas, vagas y confusas de nuestros espíritus limitados. Ella conoce desde un principio cada pormenor de sus obras. Suponer que en virtud de un decreto cualquiera, toma sus precauciones contra una eventualidad que puede sobrevenir y sorprender su gobierno, ó bien que modifique sus designios para atemperarse á las contingencias, es rebajarla á nuestra condicion y atribuirle nuestras miserias. Todo está previsto, cuando ella decide alguna cosa. Sus planes se forman á un golpe de vista y los instantes de razon que nosotros nos imaginamos para analizarlos, son meras ficciones de nuestra débil inteligencia. No obstante, como nosotros no tenemos su mirada, y que por lo tanto nos es imposible comprender la perfecta simplicidad de sus designios y de sus actos, tenemos necesidad de recurrir al análisis. Hasta ahora nos hemos valido de este procedimiento que nos ha dado totalmente cuenta del plan divino de la creacion. ¿Qué le falta pues? Una circunstancia que lo decide todo, y que sin alterar la esencia del misterio ni su fin supremo que es la gloria de Dios, modifica singularmente su aspecto: esta circunstancia es el pecado.

Dios lo ve venir al mundo que él ha escogido para manifestar su más grande gloria, y por un juicio inescrutable permite su invasion: pero al mismo tiempo quiere repararlo; al mismo tiempo decreta que el reparador sea su hijo unigénito revestido de una carne pasible y mortal. Así en esta calidad es como le hace entrar en su plan, y por la Encarnacion re-

dentora han de ser cumplidos sus designios.

No creais, no, que su grandeza haya disminuido por la aparicion del mal cuyo oprobio cae de rechazo sobre el Verbo hecho carne. Al contrario; sin mudar nada las sublimes intenciones que todos hemos admirado, el plan divino se agranda, abrazando, por decir así, todas las posibilidades: la manifestacion de las perfecciones divinas resulta más gloriosa y más completa: y el Hijo de Dios, hecho hombre para ser más humillado, aparece con nueva hermosura.

Yo me engañé, señores, al deciros que sola la union del Verbo con la naturaleza humana manifestaba en todo su brillo las perfecciones divinas. Las que yo he hecho notar en mis precedentes consideraciones, no han levantado todas su voz; algunas de ellas guardan silencio. En el plan de la Encarnacion redentora, por el contrario, nada calla. Todo el sér divino canta á voz llena en el seno de la creacion. Semejante al artista que quiere significar con una ruidosa y brillante entrada el regocijo y las emociones de una hermosa funcion, así Dios hace oir al mundo el concierto de sus perfecciones.

¿Acaso su poder no es más maravilloso, su sabiduría más profunda, su amor más ingenioso?

Maravilla es cortar por medio de la union hipostática la distancia inmensa que separa lo infinito de lo finito, el creador de la criatura. Mas ya una vez preparada por la gracia, la criatura ha dado un paso inmenso que la acerca á su hacedor; viviendo de su vida, nada repugna la union personal. ¿No es aún más maravilloso irla á buscar á los bordes de la nada donde ella ha huido por el pecado? No solamente el abismo franqueado es más profundo sino que Dios nos muestra lo que nosotros hubiéramos ignorado en otra condicion, esto es, su fortaleza contra el mortal enemigo de su infinita Majestad. Para combatirlo, destruir su imperio y reparar bajo un plan más grandioso la ruina que ha causado, su omnipotencia toma en sí nuestras miserias triunfando de lo que parecia imposible. El eterno nace, el inmutable crece en edad, el impasible sufre, el inmortal muere; la muerte destruye la muerte y engendra la vida. «Ruégoos que me digais, exclama San Hilario, si esta acumulacion de tantas cosas contra la naturaleza en una misma persona, no nos revela toda la omnipotencia de Dios» (1).

Profunda es la sabiduría que sin confundir la naturaleza creada con la naturaleza increada obra la unidad de todas las cosas en una sola subsistencia. Más profunda aún en la encarnacion reparadora, ella tiende á juntar dos cosas enemigas y á sacar de las mismas entrañas del mal la salvacion y regeneracion del mundo. ¡Cosa extraña! El Redentor que ella nos da, reune en su persona al ofensor y al ofendido: él es Dios como el Eterno Padre cuya cólera quiere aplacar. Cual cordero preparado para la inmolacion, lleva sobre sí los pecados del mundo: y de tal manera está penetrado de ello, que el Apóstol exclama estupefacto: «El que no era sino inocencia, ha obrado como pecador.» *Eum qui non noverat peccatum pro nobis peccatum fecit* (2). Vedlo sometido á la pena del pecado, á la humillacion y á la muerte: el mismo pecado le sirve de instrumento de gloria y de salud. Con la humillacion que es el abatimiento de toda grandeza, se en-

(1) Hilar. Pictav. De Trinitate. Lib. V, núm. 18.
(2) Cor. II, cap. V, 21.

grandece él y engrandece á la humanidad (1). Con la muerte, vergüenza de nuestra naturaleza tan ávida de inmortalidad, con la muerte que separa, con la muerte que destruye, con la muerte que aniquila para vivificar este gran cadáver del género humano de quien la vida divina ha huido, ¡con la muerte, por medio del más grande de los crímenes, absuelve de todo crimen! Cosas parecen estas enormes é incomprensibles, que el judío llama un escándalo y el gentil una necedad: *Judeis quidem scandalum gentibus autem stultitiam;* pero que en realidad son consejos muy profundos que en apariencia de escándalo y de necedad, confunden la vana sabiduría y la vana fuerza de los hombres (2).

Magnífico es el amor que impulsa al soberano bien á darse en persona despues de haber inundado el mundo de sus larguezas: pero el Cristo glorioso y dominador cuya aparicion nos hemos imaginado al principio del mundo, retiene necesariamente ciertos bienes que el Cristo redentor sacrifica, como son: su gloria y su vida. Para este último no hay festejos en la naturaleza, nada de entusiasmo en la humanidad. Para El la pobreza en la cuna, la persecucion y el destierro desde su infancia, la oscuridad, las privaciones, los sudores y las fatigas de la vida pública, la ingratitud, el desprecio, el odio, la traicion de los hombres y todo coronado por un drama lúgubre y sangriento: la muerte en un patíbulo. Cuando quiere ser magnífico hasta el exceso, el amor olvida el juicio, el amor no raciocina, el amor ignora medida, el amor vence las dificultades,

(1) Humilitas divinitatis provectio nostra. (San Leon. Serm. 52 vel. 50. De Passione Domini, I cap. 2.)

(2) Cor. I, cap. I. 25.

el amor no conoce imposibles, el amor, no pudiendo alcanzar lo que desea, mata al amante: *amor necat amantem* (1). Este amor lo manifiesta en la Encarnacion reparadora. El amor de su magnificencia lo lleva hasta el punto de prodigar sus bienes, no sólo á sus amigos, que ya sería cosa grande, sino á sus mismos enemigos. Esto es verdaderamente demasiado. *Magnum est magna dare amicis, et proximis; nimis inimicis* (2).

Si no me engaño, señores, la introduccion del Verbo redentor en el plan de la encarnacion nos hace ver más grandiosa la manifestacion de las perfecciones divinas. Sin embargo, no es este todo el concierto que Dios nos quiere hacer oir. Dos perfecciones que apenas hubiéramos conocido en una creacion inmaculada presidida por el Verbo encarnado, vienen á reforzar el coro del poder, de la sabiduría y del amor. Ya sabeis que son la misericordia y la justicia.

Las magnificencias del amor divino os habrán hecho presentir esta encantadora perfeccion que Dios pone en ayuda de nuestra miseria. El la compadece, pero su inalterable naturaleza, dice Santo Tomás, no se presta más que al acto supremo de la misericordia que consiste en socorrer la miseria. *Repellere miseriam maxime competit Deo.* El no puede entristecerse; por eso en El no hay más que lo que tiene de perfecto la misericordia. Sí, compadecerse de la miseria, apropiarse la miseria, bajarse al que sufre y sufrir con él, hacer

(1) Amor ignorat judicium, ratione caret, modum nescit. Amor non accipit de impositibilitate solatium, non recipit de dificultate remedium. Amor nisi ad desiderata pervaserit necat amantem. (Petrus Chrisolog. Serm. CXLVII, De Incarnationis Sacramento.)

(2) Opuscul. de Eucharist. atribuido á Santo Tomás.

entrar la miseria de otro en su corazon, hacer su corazon miserable como el otro corazon para mostrarle cuánto le ama, esto es la misericordia. *Miserum cor, miseria cordis, misericordia* (1). Vosotros me direis que esto es una debilidad; ¡qué me importa! Dios nos la ha dado, y hasta se ha revestido de ella. No pudiendo sufrir en su inmutable naturaleza, ha querido tomar la nuestra y ha querido hacerse semejante en todas las cosas á sus hermanos para llegar á ser misericordioso: *Unde debuit per omnia fratribus similari ut misericors fieret* (2). Hizo comprender á su corazon lleno de ternura que el medio de socorrernos mejor en nuestros males era sufrirlos El mismo, dándonos ejemplo de paciencia. Todos nuestros dolores penetraron en su alma y en su carne con tanta fuerza que le hicieron llorar, gemir y padecer más que todos los hombres juntos, pudiendo así llamársele, rey de misericordiosos. El llora en su pesebre, llora en sus vigilias silenciosas, llora sobre el sepulcro de un amigo, llora en la colina desde donde contempla figurada en Jerusalen la ingrata humanidad, llora en el jardin solitario donde tan horribles se le representan nuestras miserías que sufre agonias de muerte: verdaderamente El es hombre de dolores: *Virum Dolo-*

(1) Respondeo dicendum quod misericordia est Deo maxime attribuenda. tamen secundum efectum non secundum passionis affectum. Ad cujus evidentiam considerandum est quod misericors dicitur aliquis quasi habens miserum cor: qua scilicet afficitur ex miseria alterius per tristitiam ac si esset ejus propria miseria. Et ex hoc sequitur quod operetur ad depellendam miseriam propriam: et hic est misericordiae effectus. Tristari ergo de miseriae alterius non competit Deo sed repellere miseriam alterius, hoc maxime ei competit: ut per miseriam quemcumque defectum intelligamus. (*Summ. Theol.* I. p. q. 21 art. 3.)

(2) Heb. cap II. 17.

rum et scientem infirmitatem (1). «Oh Señor, exclama el venerable fray Luis de Granada, ¿quién te trajo del cielo á la tierra sino amor? ¿quién te bajó del seno del Padre al de la Madre sino amor? ¿quién te puso en el establo y reclinó en un pesebre, te echó por tierras extrañas sino amor? ¿quién te hizo traer á cuestas el yugo de nuestra mortalidad por espacio de tantos años sino amor? ¿quién te hizo sudar, y caminar, y velar, y trasnochar, y cercar la mar y la tierra buscando las ánimas sino amor? ¿quién á ti nuestro verdadero Sanson, ató, y trasquiló, y despojó de tu virtud y fortaleza, y te entregó en manos de tus enemigos para que te escarneciesen, y escupiesen, y burlasen, sino el amor de tu esposa la Iglesia y de cada una de nuestras ánimas? ¿quién finalmente te trajo hasta poner en un palo y estar allí todo de pies á cabeza tan maltratado, las manos enclavadas, el costado partido, los miembros descoyuntados, el cuerpo sangriento, las venas agotadas, los labios secos, la lengua amargada y todo finalmente despedazado? ¿quién pudo hacer tal estrago como éste sino el amor? ¡Oh amor grande! ¡Oh amor gracioso! ¡Oh amor tal cual convenia á las entrañas y á la inmensidad de aquel que es infinitamente bueno y amoroso y todo misericordia!» (2).

Sí, Dios es todo misericordia; así nos lo enseña el Verbo redentor. Mas ¿por qué tanta muchedumbre de humillaciones y de sufrimientos? Por qué? Porque Dios quiere que en su obra la justicia hable en el mismo tono y con el mismo ritmo que las otras perfecciones. El sér divino debe manifestarse bajo todas formas. Vemos la justicia divina en la distri-

(1) Isais. cap. LIII. 3.

(2) Meditaciones de la Pasion de Jesucristo. Medit. III, cap. III.

bucion de los bienes que convienen á cada naturaleza: pero nuestros débiles ojos apenas saben distinguirla del amor que da y de la sabiduría que ordena. Donde más clara y distintamente se nos representa es en el mal moral, como ya os lo he dicho en otra ocasion, porque es propio de la justicia el castigarlo (1). Todas las penalidades de la vida, trabajos improbos, privaciones, enfermedades, dolencias, engaños, angustias, pesares, padecimientos de cuerpo y de alma, forman un lúgubre cortejo que rodea, oprime, hostiga y abruma al pecador, al cual la justicia divina conduce hasta las puertas de los abismos eternales. Vosotros, señores, ya habeis visto pasar esa justicia rigurosa, y acaso en este momento estará amenazando vuestras cabezas; pero sólo contemplandola en Jesucristo salvador, podreis conocer sus profundidades sagradas.

Siendo infinita en su sér la justicia de Dios, no puede quedar satisfecha sino cuando el castigo es igual á la ofensa. El equilibrio de estas dos cosas es su triunfo y su manifestacion más completa. Pero ¿dónde hallar en la creacion la materia de una pena que iguale al pecado? Porque sabido es que el pecado se aparta del soberano bien, lo niega, y, cuanto es en sí, lo destruye; pues tiende á reducirlo á la impotencia y hacerlo desaparecer para reemplazarlo por un bien mezquino que el alma humana desea (2). La majestad de Dios

(1) Vésse la Conferencia de *La voluntad divina*.

(2) Utinam vel rebus istis (scilicet terrenis) esset contenta voluntas, nec in ipsum (horribile dictu) desaeviret auctorem. Nunc autemet ipsum quantum in ipsa est, Deum perimit voluntas propria: omnino enim vellet Deum peccata sua aut vindicare non posse aut canescire. Vult ergo non esse Deum, quae quantum in ipsa est, vult eum aut impotentem aut insipientem. Crudelis plane et omnino execranda malitia, quae Dei potentiam, justitiam, sapientiam perire desiderat. (Bern. Serm. III de resurrectione.)

ultrajado, dice Santo Tomás, da al pecado una infinidad que no puede ser compensada ni satisfecha por ningun sér finito (1). Y en efecto, ¿qué bien podria sacrificar el pecador que fuera digno de compararse con el bien infinito que El ha despreciado? ¿Qué bien podrá hacer que Dios esté obligado á aceptar? ¿Qué bien que Dios no tenga derecho á quitárselo en castigo de su crimen, antes que él haya satisfecho? Y áun cuando un inocente, si hallar se puede, quisiera responder por los culpables, ¿qué bien poseerá él que no lo deba ya en homenaje á su Criador? No, ninguna criatura puede volver á Dios el honor que el pecado le quita. La inmensa hecatombe de la naturaleza entera no daria la medida de las exigencias de la majestad divina (2). Pero la sabiduría eterna ha hallado quien responda dignamente al ofendido por todos los culpables. El Verbo hecho carne y revestido de nuestra miseria va á presentarse á su padre y ofrecerle unos bienes que no podrá ménos de aceptar, porque no pesa sobre ellos deuda alguna, y el Hombre Dios les dá un valor infinito. Hé ahí tu víctima ¡oh justicia santa! Tú has querido una expiacion que fuese digna de la majestad cuyos derechos defiendes, y por esta exigencia has hecho en cierta manera necesaria la Encarnacion. Es verdad que una súplica, una palabra, un suspiro, una lágrima, una simple mirada del Dios hecho hombre bastaria cumplidamente para satisfacerte; pero con tan

(1) Peccatum contra Deum commisum quaedam infinitatem habet, ex infinitate divinae majestatis: tanto enim offensa est major quanto major est ille in quem delinquitur. Unde oportuit ad condignam satisfactionem ut actus satisfacientis haberet efficatiam infinitam ut pote et Dei et hominis existens. (Summa Theolog. III. p. q. 1. art. 2 ad 2 um.) Nota. La infinidad de que habla Santo Tomás no es in genere entis sino in genere moris).

(2) S. Athanas. Orat. 1. contra Arianos.

pequeñas señales nuestros entendimientos groseros no verian tus infinitas grandezas. Tú humillas, tú maldices, tú multiplicas los oprobios y los golpes, tú arrancas, tú despojas, tú aniquilas, tú destruyes, tú haces correr la sangre hasta la muerte y muerte infame de cruz, para que iluminados por tus venganzas y sumidos en una piadosa consternacion ante el drama del Calvario, confesemos tu inmensidad cantando con una voz conmovida: ¡Cuán grande es esta justicia que necesita una victima tan noble, tanta vergüenza y tan crueles tormentos! ¡Misterioso y adorable encuentro! Dios es el que se irrita contra el pecador, Dios es el que tiene compasion del pecador, Dios es el que se precipita contra el culpable, y Dios el que se pone en su lugar; es Dios el que hiere, es Dios el que castiga, es Dios el que merece el perdon (1). La justicia y la misericordia se encuentran, se dan la mano, y se abrazan sobre el corazon moribundo del Verbo Redentor (2). En este abrazo el poder, la sabiduria y el amor hacen oir un grito sublime. Es el último sonido de vuestro maravilloso concierto ¡oh perfecciones de mi Dios! Es el signo de suspension donde reposa nuestra admiracion oprimida por la plenitud de vuestras manifestaciones.

Ciertamente, señores, en el plan de la Encarnacion reparadora Dios se muestra más grande que en ningun otro plan, y aun digo que su Verbo encarnado aparece aqui más bello.

El monarca pacifico cuya radiante majestad hubiera iluminado los primeros dias del

(1) Suscepit ipse peccatum ne perderet peccatores, in se sententiam suam judex retorsit ut amasse se peccatores proderet magis solvendo debitum quam donando. (S. Petrus Crisolog. Serm. XXIX.)

(2) Misericordia et veritas obviaverunt sibi, justitia et pax osculata sunt. (Psalm. LXXXIX.)

mundo, si el género humano no hubiese pecado, merece, es verdad, nuestra admiracion; pero por bello que él se nos presente en la mística poesía de nuestros sueños, falta una doble corona á su frente: la corona del vencedor y del Salvador. Es bello para un rey hacer sentar consigo sobre el trono todas las virtudes; bello reinar como señor absoluto sobre un pueblo sumiso y que confia en la fuerza, sabiduría y bondad del que lo gobierna; bello, corresponder á los homenajes del pueblo con la magnificencia de los beneficios. Mas cuando llega el enemigo y da un grito de guerra; cuando sus batallones triunfantes han derrotado ya las tropas que guardaban las fronteras, cuando asientan su pié insolente en el suelo de la pátria como si él le hubiese conquistado para siempre; volar á su encuentro y ponerse al frente de la batalla, romper sus legiones, dispersarlas, ponerlas en fuga á costa de mil heridas, salvar, en fin, un pueblo de la muerte y volver á él todo teñido en sangre, coronado con los laureles de la victoria, y más dueño que nunca de todos los corazones por el prestigio de su valor y abnegacion, esta es la gloria más bella que un rey puede ambicionar.

Dios no queria privar de esta gloria á su querido Hijo al introducirlo en un mundo invadido por el mortal enemigo de su majestad: el pecado. Dichosa culpa, exclama la Iglesia, que mereció tener tal Redentor. *¡Oh felix culpa quæ talem meruit habere redemptorem* (1). El Verbo hecho carne, desde el primer instante de su vida pasible y mortal, entra en lucha con el pecado. Batalla formidable en donde su gloria parece eclipsarse con su vida. Abatido, cubierto de sangre, martirizado, espira sobre

(1) Sábado Santo. Bendicion del cirio pascual.

el cadáver del enemigo; pero bien pronto sale de la tumba y se vuelve á los suyos, para decirles: Tened confianza, yo he vencido al mundo: *Confidite, ego vici mundum* (1).

El profeta lo ha visto en su triunfo, «¿Quién es éste, exclama, que viene de Edom y de Bosra con las vestiduras teñidas en sangre? Este hermoso en su vestido, que camina en la muchedumbre de su fortaleza. Yo el Verbo que hablo justicia y que combato para salvar: ¿Por qué, pues, oh Verbo, es bermejo tu vestido, y tus ropas como las de los que pisan en un lagar? Yo sólo pisé el lagar, y de las naciones no hay hombre alguno conmigo, los pisé en mi furor, y los rehollé en mi ira, y se salpicaron con mi sangre mis vestidos, y manché todas mis ropas. El dia de la venganza está en mi corazon, y el año de la redencion ha venido» (2).

Gloria á tí ¡oh Verbo Redentor! Vos sois bello en vuestra gloria nativa y yo me enorgullezco de poder llamaros el Hijo de Dios, el esplendor del Padre, la imágen viva de su sustancia infinita, el primogénito de toda criatura, el heredero de todas las cosas, el dueño y señor del universo; pero cuando contemplo vuestra carne ensangrentada, cuando os veo venir triunfando del combate de la muerte, coronado de gloria y de honor por vuestra pasion y para mi salvacion, yo os hallo aún

(1) Joann., cap. XVI, 33.

(2) Quis est iste qui venit de Edom tinctis vestibus, de Bosra? Iste formosus in stola sua, gradiens in multitudine fortitudinis suae. Ego qui loquor justitiam et propugnator sum ad salvandum.—Quare ergo rubrum est vestimentum tuum sicut calcantium in torculari.—Torcular calcavi solus et de gentibus non est vir mecum: calcavi eos in furore meo et conculcavi eos in ira mea; et aspersus est sanguinis eorum super vestimenta mea et omnia vestimenta mae inquinavi.—Dies enim ultionum in corde meo annus redemptionis mea venit. (Isaias, cap. LXIII, 1-4.)

más bello y me enorgullezco cada vez más de poder llamaros, ¡Jesús!, ¡Jesús!, ¡oh mi Jesús!

Dios es más grande, el Verbo encarnado más bello en el plan de la Encarnacion reparadora: pero tampoco vosotros, señores, habeis sido olvidados en este misterio, pues que por vosotros se obra y por vuestra salud: *Propter nos homines et propter nostram salutem.*

Llevando hasta el extremo de comunicarse, Dios cumple los deseos de nuestra naturaleza anhelosa desde su orígen y atormentada del pensamiento de lo infinito. Ella lo busca en sus aspiraciones religiosas, en sus especulaciones filosóficas y en las felicidades engañosas que pretende alcanzar. Quisiera unirse á él en cuanto es dado á su miseria para descansar en su posesion de todas las fatigas. Sabedora de las tradiciones, exclama con el profeta y los patriarcas: Muéstranos, Señor, tu gloria (1). Enséñanos tu cara y seremos salvos (2). Derramad cielos vuestro rocío, y las nubes lluevan al justo (3). Infiel á la luz y engañada por sus pasiones, inventa sistemas monstruosos que confunden el cielo con la tierra, el Criador con la criatura, ó bien fabrica vanos simulacros ante los cuales satisface su natural deseo de ver lo que adora (4). El Verbo se ha hecho carne y se llama Emmanuel, Dios con nosotros. Ya podrás tú verlo, tocarlo, abrazarlo, y esperar gozosamente en su corazon el fin de los males y las supremas revelaciones de la eternidad.

(1) Ostende mihi gloriam tuam. (Exod. cap. XXIII, 12.)

(2) Ostende facien tuam et salvati erimus. (Psalm. LXXIX).

(3) Rorate coeli desuper et nubes pluant justuum (Isais cap. LXV, 8.)

(4) Ipsi gentiles ob hoc simulacra finxerunt, ut in ipsis moribus cerneret quod colebant. (S. Petrus Chrisolog. Serm. De Incarnationis Sacramento.)

Dios quiere hacernos oir en la persona y en la vida del Verbo Redentor el gran concierto de sus perfecciones; pero por poco que estudiemos á fondo sus manifestaciones, hallaremos que no anuncian la gloria de Dios sino en cuanto se ponen á nuestro servicio. El Verbo encarnado viene á traer la luz de lo alto á nuestra razon, que hundida en tinieblas, sólo con pasos inciertos camina hácia la verdad. El habla, y nuestros sentidos al percibir su voz fijan su atencion en la autoridad divina que es el fundamento inmutable de nuestra fé. Nosotros habiamos perdido de vista la eterna felicidad que nos fué prometida desde la cuna de nuestro linaje; y nuestros deseos se envilecian con los bienes mentidos; la humanidad del Salvador nos pone en contacto con el soberano bien, y Dios, al hacérsenos visible, nos da á gustar las cosas invisibles (1). Nuestros corazones timidos apenas osaban pasar de la adoracion temblorosa al amor de la divinidad; el Verbo encarnado viene á encender en nuestros corazones el fuego sagrado del amor. Al ver, pues, tanta bondad, ¿quién dejará de amarlo? Al ver en él tantos bienes, ¿quién podrá negarle el homenaje de un piadoso y tierno agradecimiento (2). Los sacrificios que impone la virtud espantan nuestra debilidad, el dolor abate nuestro ánimo, la muerte consterna nuestra naturaleza ansiosa de inmortalidad, y el espectáculo de nuestras defecciones que todos los dias sentimos acaba por hundirnos en el desaliento. Pero hé aquí el Hombre Dios que siendo el primero en los caminos del

(1) Ut dum visibiliter Deum cognoscimus per hunc in invisibilium amorem rapiamur. (Praefatio Nativit. Domini.)

(2) Si totum me debeo pro me facto, quid addam pro me refecto et refecto hoc modo. (S. Bern. De diligendo Deo, cap. V. núm. 15.)

deber y del sufrimiento, nos alienta con su ejemplo á seguir sus huellas ensangrentadas (1); su corazon abierto nos ofrece en nuestros males un refugio lleno de paz y dulzura (2); su muerte coronada de gloria nos invita al desprecio de los vanos terrores que la vista del sepulcro nos causa, yendo en pos de él, todo bien se hace posible, todo trabajo es llevadero, toda la vida se prepara gustosamente al sacrificio. Nosotros habiamos perdido el recuerdo de la dignidad de nuestra naturaleza y la deshonrábamos con toda suerte de crímenes; pero la union del Verbo y de la humanidad, los implacables rigores de la justicia divina, en la carne sagrada del Salvador, nos recuerdan á cada instante cuánto es lo que valemos, y nos hacen oir esta leccion: *Reconoce, oh hombre, tu dignidad y hecho partícipe de la divina naturaleza, no vuelvas á tu vileza antigua con una conducta indigna.* En fin, nosotros gemiamos en la doble esclavitud del pecado y del infierno; mas por el abrazo de la justicia y de la misericordia, en su dolorosa muerte, el Redentor rompe nuestras cadenas, y nos vuelve á la santa libertad de los Hijos de Dios.

Hijos de Dios somos: hé aquí nuestro más noble blason. La belleza y la gloria que Dios quiso dar al mundo por la encarnacion, vienen á brillar acumuladas sobre nuestras frentes. No al ángel sino al hombre llama el Eterno Padre: Hijo mio! Hermanos de un Dios, llegamos á ver realizados nuestros sueños de grandeza, y esos héroes de la divinidad que nuestra ima-

(1) Exemplum dedi vobis, ut quaemadmodum ego feci ita et vos faciatis. (Joan. cap. XIII, 15) Christus passus est pro nobis, vobis relinquens exemplum ut sequamini vestigia ejus. (1. Petri. cap. II. 21).

(2) Venite ad me omnes qui laborati et onerati estis.

ginacion se esforzaba en figurar somos nosotros, pobres mortales. Al ver á Dios lleno de gloria el hombre queda satisfecho en sus deseos, confirmado en la verdad, llevado á su último término, excitado al amor, impulsado al bien, fortalecido en el dolor, defendido de la muerte, persuadido de su dignidad, salvado del cautiverio, y finalmente divinizado por el Verbo redentor.

Hé aquí, señores, en toda su inmensidad y majestad el plan real y actual de la encarnacion: no busqueis otra cosa. Vosotros podeis creer con los teólogos que la union de la naturaleza divina y de la naturaleza humana, podia tener lugar bajo otro plan: podeis pensar con una escuela ilustre que, en virtud del decreto presente, el Verbo hubiera encarnado aunque el hombre no pecase; pero, en definitiva, si quereis salir de la hipótesis para entrar en la realidad, es preciso que os átengais al decreto eficaz, por el cual se nos ha dado el Verbo Redentor (1). Este es el Verbo que Dios ha visto y decretado darnos desde la eternidad: este el Verbo por medio del cual cumplió sus grandes designios, este es el Verbo en cuyo derredor hace él gravitar su obra: este es el Verbo de quien hablan las verdades que estudiaremos en adelante: este es el Verbo á quien es preciso aplicar las que hemos estudiado hasta aquí.— La existencia de Dios nos la demuestra él con su presencia, la personalidad de Dios nos la presenta él obrando á nuestra vista; él nos manifiesta las perfecciones infinitas, él nos revela la vida divina, él es el proto-tipo, el autor, es el fundamento y el coronamiento de la creacion; él recibe las adoraciones y los servicios del mundo invisible; él da á la naturaleza humana

(1) Vease al fin del tomo la nota primera

la imágen de su humanidad santa; él ensalza la grandeza del hombre hasta lo divino, él lo conduce al fin sobrenatural, él es el ejemplar y la fuente de la gracia; él es el punto céntrico y el eje regulador del gobierno divino; él redime la libertad de la esclavitud de las pasiones y la dirige con su ley y la pone bajo la dulce y soberana influencia de su gracia; él hace igualar nuestra oracion á la majestad divina; él hace olvidar con su hermosura infinita el mal físico; él fecunda y trasforma el dolor; él borra con sus méritos el mal moral y libra al mundo de su funesto imperio: en él comienza la predestinacion, en él se obra, él la merece y él la consuma. Él está sobre todo y en todo, y todo está en él. ¡Bendito sea el Dios bondadosísimo y santísimo que nos lo ha dado!

Concluyo, señores, y al concluir os suplico que excuseis la prolijidad de mi palabra en un tan grande asunto. Las inteligencias más privilegiadas aún podrian profundizar más en este misterio de la Encarnacion reparadora, y hallar en él, como afirma Santo Tomás, otras conveniencias inapercibidas (1). Pero mirad bien no trasformeis estas conveniencias en otras tantas necesidades que encadenen la libertad de Dios. La union de la naturaleza divina es por excelencia el acto libre y gratuito de la infinita bondad. Ninguna obligacion tenia Dios de hacernos oir el gran concierto de sus perfecciones dándosenos él á sí mismo; y áun supuesta la caida del pecado, podia él remediarla con una simple palabra de perdon. Todo, pues, es fineza y piadosa condescendencia en sus planes (2), los cuales, por mucho que

(1) Pie considerante mysterium incarnationis semper magis ac magis mirabiles congruentiae et rationes sese offerunt. (Summ. Contra Gent. cap. 54.)

(2) Deus qui dives est in misericordia propter nimiam charitatem qua dilexit nos cum essemus mortui peccato, convivificavit nos in Christo. (Ephes., capitulo II, 5.)

se expliquen, siempre serán, como dice San Dionisio, la más nueva de las novedades (1).

En cuanto á aquellos de vosotros que se extrañan del plan de la creacion y lo niegan porque hallan en él dificultades, yo les saldré al encuentro más tarde; por de pronto me contento con decirles aquellas palabras de Basilio de Seleucia: «donde Dios obra, lo imposible cesa,» y aquellas otras de un teólogo piadoso: Los que niegan la Encarnacion, son á mi parecer ingratos más bien que incrédulos. Sienten más deber tanto á Dios que creer: los espanta, no la grandeza de la obra, sino la grandeza del beneficio (2).

(1) In quo habemus redemptionem per sanguinem ejus ut notum fieret nobis sacramentum voluntatis suae secundum.

(2) Qui ergo incarnationi obtrectant ingrati magis quam increduli, mea quidem sententia sunt; tantum debere Deo magis quam credere tergiversantur; deterret illos, non tam operis, quam beneficii pondus et magnitudo. (Thomassin, de Incarnatione Verbi, Lib. I. cap. II, 14.)

CONFERENCIA XXVI.

LA HUMANIDAD EN ADAN.

MONSEÑORES (1), SEÑORES:

Al concebir Dios el plan general de su obra, previó la invasion del pecado, y consiguientemente á esta prevision, decretó la encarnacion de su hijo en una carne pasible y mortal, y ordenó este misterio á la redencion del género humano. Muy lejos de perder por eso en majestad, se muestra aún más grande, su plan se extiende, y el Verbo encarnado se nos presenta en él más hermoso. Es bien sabido que la eficacia de la encarnacion reparadora debe extenderse á toda culpa cometida por el hombre. Sólo nuestra malicia puede poner obstáculos á la misericordia é impedir su misterioso y saludable encuentro con la justicia. «La sangre de Jesucristo, dice San Juan, puede lavarnos de todo pecado» (2).—El Salvador se ofreció en expiacion por nuestros pecados,

(1) Mr. el coadyutor, y Mr. Dupanloup, obispo de Orleans.

(2) Sanguis Jesuchristi emundat nos ab omni peccato. (I Joann. capítulo I, 7.°)